



Un llamado individual

“Se asigna una obra particular a cada cristiano”.

Dios exige que cada uno sea un obrero en su viña. Has de aceptar la obra que ha sido puesta a tu cargo y has de realizarla fielmente.

Si cada uno de vosotros fuera un misionero vivo, el mensaje para este tiempo sería rápidamente proclamado en todos los países, a toda nación, tribu y lengua.

Cada verdadero discípulo nace en el Reino de Dios como misionero. El que bebe del Agua viva, llega a ser una fuente de vida. El que recibe, llega a ser un dador. La gracia de Cristo en el alma es como un manantial en el desierto, cuyas aguas surgen para refrescar a todos y hace, a los que están por perecer, ávidos de beber el Agua de la vida [...].

Cristo se hallaba sólo a pocos pasos del Trono celestial cuando dio su comisión a sus discípulos. Incluyendo como misioneros a todos los que creyeran en su nombre, dijo: ‘Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura’ (Mar. 16:15). El poder de Dios había de acompañarlos. [...]

En todas partes se nota una tendencia a reemplazar el esfuerzo individual por la obra de las organizaciones. La sabiduría humana tiende a consolidar, a centralizar, a formar grandes iglesias e instituciones, la tarea de practicar la beneficencia; se eximen del contacto con el mundo, y sus corazones se enfrían. Se absorben en sí mismos, incapacitándose para recibir impresiones. El amor a Dios y a los hombres desaparece de su alma.

Cristo encomienda a sus discípulos una obra individual, una obra que no se puede delegar a un poderhabiente. El servir a los enfermos y a los pobres, el predicar el evangelio a los perdidos, no debe ser dejado al cuidado de juntas y organizaciones de caridad. Es la responsabilidad individual, el esfuerzo personal, el sacrificio propio, lo que exige el evangelio.

Todo el que ha recibido la iluminación divina, ha de alumbrar la senda de aquellos que no conocen la Luz de la vida [...].

Cada alma que Cristo ha rescatado está llamada a trabajar en su nombre para la salvación de los perdidos. Esta obra había sido descuidada en Israel. ¿No es descuidada hoy día por los que profesan ser los seguidores de Cristo?

Hay algo que cada uno debe hacer. Toda alma que

crea la verdad ha de ocupar su lugar diciendo: ‘[...] Heme aquí, envíame a mí’ (Isa. 6:8).

Todo cristiano tiene la oportunidad no solo de esperar, sino también de apresurar la venida de nuestro Señor Jesucristo.

El que llega a ser hijo de Dios ha de considerarse como eslabón de la cadena tendida para salvar al mundo. Debe considerarse uno con Cristo en su plan de misericordia, y salir con él a buscar y salvar los perdidos.

Todos pueden encontrar algo que hacer. Nadie debe figurarse que para él no hay sitio en qué trabajar por Cristo. El Salvador se identifica con cada hijo de la humanidad.

Los que se unieron al Señor y prometieron servirlo están obligados a participar con él en la grande y magnífica obra de salvar almas.

Tan vasto es el campo y tan grande la empresa, que todo corazón santificado será alistado en el servicio como instrumento del poder divino.

Los hombres son, en mano de Dios, instrumentos de los que él se vale para realizar sus fines de gracia y misericordia. Cada cual tiene su papel que desempeñar; a cada cual le ha sido concedida cierta medida de luz, adecuada a las necesidades de su tiempo y suficiente para permitirle cumplir la obra que Dios le asignó.

Largo tiempo ha esperado Dios que el espíritu de servicio se posesione de la iglesia entera, de suerte que cada miembro trabaje por él según su capacidad.

Cuando envió a los doce y más tarde a los setenta, a proclamar el Reino de Dios, les estaba enseñando su deber de impartir a otros lo que él les había hecho conocer. En toda su obra, los estaba preparando para una labor individual, que se extendería a medida que el número de ellos creciera, y finalmente alcanzaría a las más apartadas regiones de la tierra.

Tampoco recae únicamente sobre el pastor ordenado la responsabilidad de salir a realizar la comisión evangélica. Todo el que ha recibido a Cristo está llamado a trabajar por la salvación de sus prójimos.

El verdadero carácter de la iglesia se mide, no por la alta profesión que haga, ni por los nombres asentados en sus libros, sino por lo que está haciendo realmente en beneficio del Maestro, por el número de sus obreros perseve-





rantes y fieles. El interés personal y el esfuerzo vigilante e individual realizarán más por la causa de Cristo de lo que puede lograrse por los sermones o los credos.

Dondequiera se establezca una iglesia, todos los miembros deben empeñarse activamente en la obra misionera. Deben visitar a toda familia del vecindario, e imponerse de su condición espiritual.

Los miembros de la iglesia no han sido todos llamados a trabajar en los campos extranjeros, pero todos tienen una parte que realizar en la gran obra de dar la luz al mundo. El evangelio de Cristo es agresivo y expansivo. En el día de Dios, nadie será excusado por haberse encerrado en sus propios intereses egoístas. Hay una obra que hacer para toda la mente y para toda mano. Hay una variedad de trabajo adaptado a diferentes mentes y a distintas capacidades.

Él nos ha confiado una verdad sagrada; Cristo, cuando habita en los miembros individuales de la iglesia, es una fuente de agua que salta para vida eterna. Sois culpables delante de Dios si no hacéis todo el esfuerzo posible para dispensar el Agua viva a los demás.

No estamos, como cristianos, realizando ni una vigésima parte de lo que podríamos hacer en la ganancia de almas para Cristo. Hay un mundo que amonestar, y todo sincero cristiano debe ser un guía y un ejemplo para los demás en fidelidad, en la disposición a llevar la cruz, en la acción rápida y vigorosa, en una invariable fidelidad a la causa de la verdad, y en sacrificios y trabajos para promover la causa de Dios.

En la medida de sus oportunidades, todo aquel que recibió la luz de la verdad lleva la misma responsabilidad que el profeta de Israel, a quien fueron dirigidas estas palabras: 'A ti, pues, hijo de hombre, te he puesto por atalaya a la casa de Israel, y oirás la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte' (Eze. 33:7).

A todo aquel que se hace partícipe de su gracia, el Señor le señala una obra que hacer por otros. Cada cual tiene que ocupar su puesto, diciendo: '[...] Heme aquí, envíame a mí' (Isa. 6:8). Sobre el ministro de la palabra, sobre el enfermero misionero, sobre el médico cristiano, sobre el cristiano individual, ora sea comerciante o agricultor, profesional o mecánico, sobre todos, descansa la responsabilidad. Nuestra tarea es revelar a los hombres el evangelio de su salvación. Toda empresa en que nos empeñemos debe servirnos de medio para dicho fin.

"Cuando el Señor de la casa llamó a sus siervos, dio a cada uno su obra. Toda la familia de Dios estaba incluida en la responsabilidad de utilizar los bienes del Señor. Todo individuo, desde el más humilde y el más oscuro, hasta el mayor y el más exaltado, es un instrumento moral dotado de capacidades, a quien Dios tiene por responsable" (Servicio Cristiano, pp. 13-18).

"Él nos ha confiado una verdad sagrada; Cristo, cuando habita en los miembros individuales de la iglesia, es una fuente de agua que salta para vida eterna. Sois culpables delante de Dios si no hacéis todo el esfuerzo posible para dispensar el Agua viva a los demás" (Servicio Cristiano, p. 17).

Faltan apenas seis días. El reencuentro está aproximándose. Testificaremos, alabaremos al Señor y sabremos cómo caminar con Dios hasta que Jesús venga. En ese día, recibirás un hermoso certificado.

Fuiste creado para cumplir una misión

La gracia de Cristo en el alma es como un manantial en el desierto, cuyas aguas surgen para refrescar a todos y hace, a los que están por perecer, ávidos de beber el Agua de la vida.

Todo el que ha recibido la iluminación divina, ha de alumbrar la senda de aquellos que no conocen la Luz de la vida. El que llega a ser hijo de Dios ha de considerarse como eslabón de la cadena tendida para salvar al mundo. Debe considerarse uno con Cristo en su plan de misericordia, y salir con él a buscar y salvar los perdidos. El verdadero carácter de la iglesia se mide, no por la alta profesión que haga, ni por los nombres asentados en sus libros, sino por lo que está haciendo realmente en beneficio del Maestro, por el número de sus obreros perseverantes y fieles. Él nos ha confiado una verdad sagrada; Cristo, cuando habita en los miembros individuales de la iglesia, es una fuente de agua que salta para vida eterna.

"Los creyentes que se vistan con toda la armadura de Dios y que dediquen algún tiempo diariamente a la meditación, la oración y el estudio de las Escrituras, se vincularán con el Cielo y ejercerán una influencia salvadora y transformadora sobre los que los rodean. Suyos serán los grandes pensamientos, las nobles aspiraciones, y las claras percepciones de la verdad y el deber para con Dios. Anhelarán la pureza, la luz, el amor, y todas las gracias de origen celestial".

